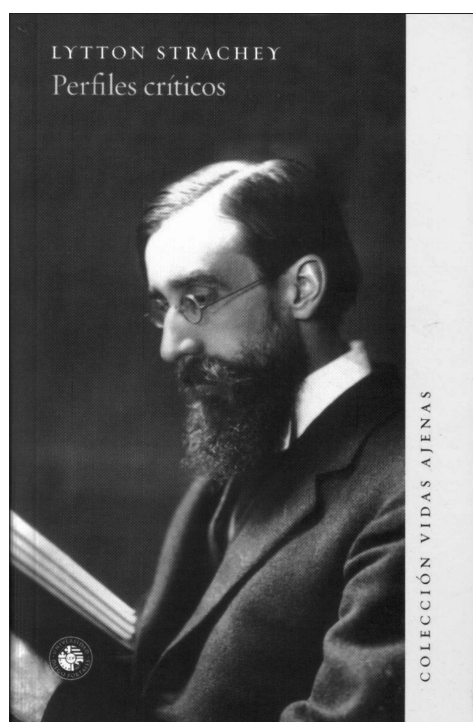


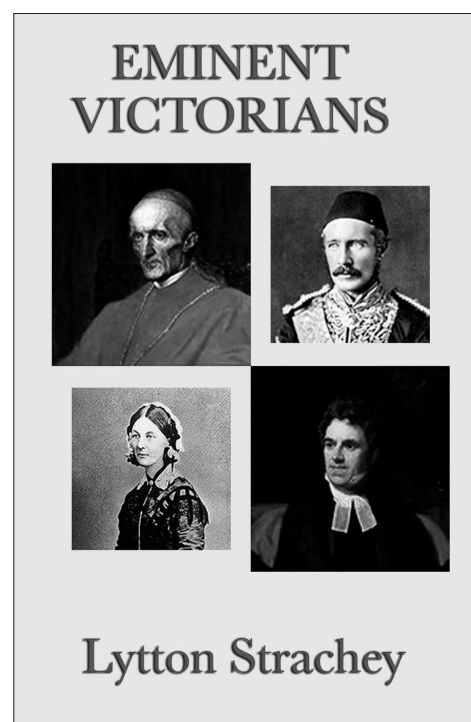
La epopeya de la clausura

Ideas de Lytton Strachey

Christopher Domínguez Michael



Lytton Strachey y Virginia Woolf por Lady Ottoline Morrell, 1923



Quizá nadie en la historia de la literatura da inicio tan bien a sus ensayos que Lytton Strachey (1880-1932), el biógrafo y crítico de Bloomsbury. Lo compruebo alborozado al recibir *Perfiles críticos*, que Juan Manuel Vial acaba de traducir y prologar para las Ediciones de la Universidad Diego Portales de Chile (2012) en lo que es, muy probablemente, la primera versión al español de estas maravillas poseedoras, insisto, de párrafos inaugurales tan contundentes y expresivos que a veces uno quisiera no seguir leyendo, por temor a descomponer ese amor a primera vista con la acritud de esa secrecía del orden matrimonial que es seguir leyendo. A quien sea. Incluso a Strachey.

Veamos si no: cada uno es un *mega-incipit*.

El primero es una presentación del crítico Matthew Arnold y se titula “Un crítico victoriano”: “Para el observador frío y juvenil existe una curiosa fascinación por la

época victoriana. Ésta tiene el inusual encanto de algo que es al mismo tiempo muy cercano y muy lejano; es como uno de esos peces raros que uno ve detrás del vidrio en un acuario, ante cuyas grotescas proporciones y sombrías habilidades amenazantes no se sabe si reír o estremecerse, pues, una vez que ha captado tu atención, ya no puedes alejarte. Probablemente su reputación siempre será peor de lo que merece. Las reputaciones, en el caso de las épocas no menos que en las de los individuos, dependen, en el largo plazo, del juicio de los artistas, y los artistas nunca serán justos con la época victoriana. Para ellos su incoherencia, su pretensión y su incurable falta de objetividad siempre pesarán más que sus genuinas cualidades de solidez y fuerza. Reirán y se estremecerán, y el mundo los seguirá con deleite. La era de Victoria fue, de una u otra manera, antiestética hasta la médula; entonces debemos asegurarnos de que nunca se per-

petuará a lo largo de la historia con el glamour que adorna la era de Pericles o la brillantez que centellea alrededor del siglo XVIII” (p. 20).

Nada mala es esta definición de Clío al empezar el perfil dedicado a “El señor Creevey”: “Clío es una de las musas más gloriosas; pero, como todo el mundo, sufre (al igual que su hermana Melpómene) un triste defecto: tiende a ser pomposa. Con sus coturnos, sus túnicas y sus aires de importancia, es, en ocasiones, bastante intolerable. Pero afortunadamente las Parcas han previsto un correctivo. Han decretado que en sus imponentes avances ella esté acompañada de ciertas criaturas simiescas y pícaras, que revolotean a su alrededor riendo tontorronamente, tironeando de las narices largas, amenazando con hacerle zancadillas a la buena dama e incluso a veces descorriendo hacia la punta de su vestimenta, revelando así sus prendas íntimas de la ma-

nera más indecorosa. Estas criaturas son los diaristas y los escritores de cartas, los chismosos y los periodistas del pasado, los Pepys, los Horace Walpole, los Saint-Simon, cuya función es revelarnos la pequeñez subyacente de los grandes eventos y recordarnos que la historia en sí misma fue alguna vez vida real. Entre ellos está el señor Creevey” (p. 67).

A veces basta con una frase, un verdadero y enigmático *incipit*, como el de “Voltaire en Inglaterra”: “La visita de Voltaire a Inglaterra marca un giro en la historia de la civilización” (p. 77).

Más temeraria es esta invitación al viaje que principia “El Affaire Rousseau”: “Nadie que haya emprendido la más ligera expedición a aquel territorio curioso y fascinante, la Francia del siglo XVIII, puede haber salido de allí sin al menos una impresión fuerte: que en ningún otro lugar y en ninguna otra época la gente peleaba tanto. La Francia del siglo XVIII, a pesar de cualquier otra cosa que pudo haber sido —espléndida en genio, en vitalidad, en noble logro y gran esfuerzo—, ciertamente no fue un lugar tranquilo para vivir” (p. 109).

“Dos franceses”, dedicado a La Bruyère y Vauvenargues, empieza así, magnífico y veraz: “La peor desgracia que puede ocurrirle a un hombre ingenioso es nacer fuera de Francia. La lengua francesa es el vehículo soñado del pensamiento brillante; un inglés, si es pulido, elegante y conciso debe dominar, como Bacon o como Burke, no sólo un ingenio sino una inspiración; y tal vez para él sea igual de difícil traducir un epigrama del francés que componer uno en inglés. Un francés, no obstante, siempre puede destacar con facilidad, incluso siendo idiota, y, si es profundo, el aforismo constituye su instrumento instintivo de expresión” (p. 155).

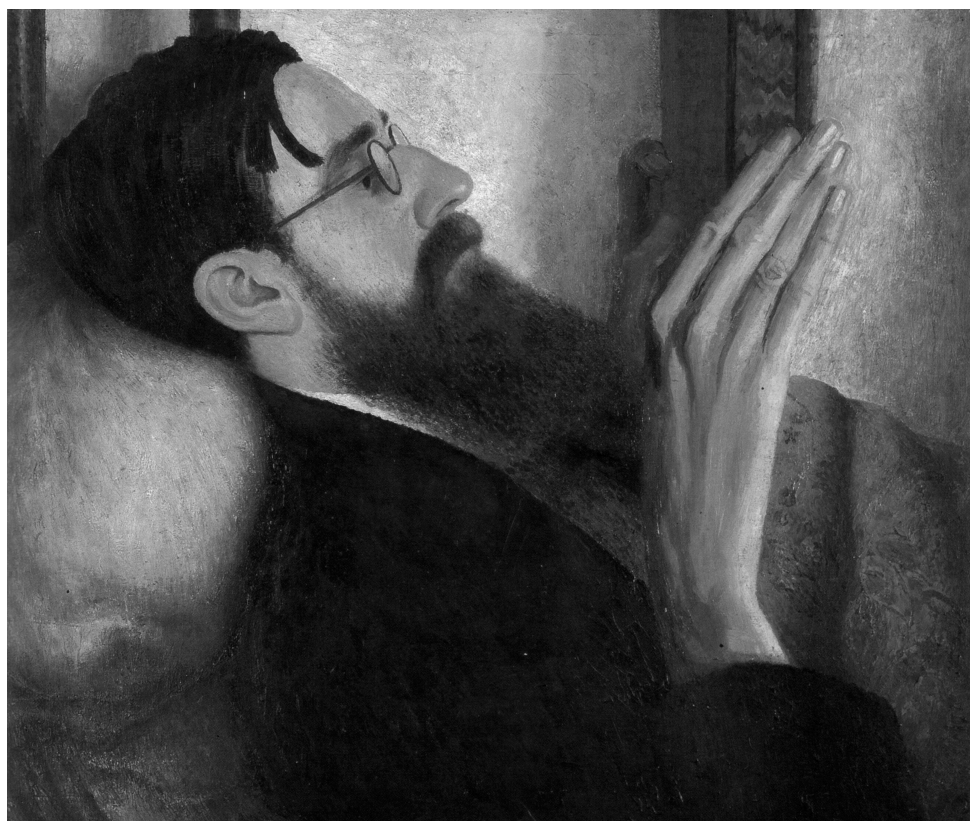
El traductor y prologuista ha entresacado estos *Perfiles críticos*, de Strachey, de tres de sus libros: *Books and Characters. French and English* (1922), *Portraits in Miniature and Other Essays* (1931) y *Characters and Commentaries* (1933). Él mismo, Vial, también sabe cómo iniciar un ensayo y lo demuestra en su prólogo: “Años atrás, a poco de iniciarme en el ejercicio del periodismo, publiqué en un suplemento cultural chileno cierto artículo referido a *Victo-*

rianos eminentes, el libro con que Lytton Strachey descabezó a toda una era en 1918. El escrito —me temo que no era otra cosa— sólo pretendía la divulgación de una obra clave pero semiolvidada, y al menos daba cuenta en detalle del feroz desenmascaramiento que Strachey, armado con el debido rencor, emprendió en contra de cuatro baluartes de la moral victoriana, cuatro peces gordos y muy maquillados por la complacencia de una época hipócrita. Para mi sorpresa, el texto suscitó una réplica (en ese

entonces, creía yo, únicamente mi abuela y mi madre tenían la suficiente paciencia para leer las tonteras que escribía). Y de la sorpresa pasé a la inquietud: a la réplica se le otorgaron, por decisión editorial, las mismas dos páginas que poco antes habían servido a la difusión de un libro tan insoslayable como *Victorianos eminentes*. El autor de la respuesta, un colaborador del suplemento que a la distancia, pues nunca lo traté en persona, daba la impresión de ser un alma muy católica...” (p. 11). **u**



Lytton Strachey, Virginia Woolf y Goldsworthy Lowes Dickinson por Lady Ottoline Morrell, 1923



Lytton Strachey pintado por Dora Carrington, 1916